



Lea Vélez  
El jardín de la memoria



Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

LEA VÉLEZ

# El jardín de la memoria

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

Esto es una novela real que algunos describen como testimonio. Los personajes de este libro son o fueron. Las cartas de Stephen y sus cuadernos de colegio existen. De ellos no he cambiado ni una coma. El presente es fiel hasta la extenuación y del pasado tan sólo he recreado algunas escenas y diálogos para mostrar las piezas perdidas de la historia.

Debo dar las gracias a todos los Collinson, pero en especial a Joanna por nombrarme guardiana de las cartas de Stephen. A Connie, mi suegra, a la que no conocí, por guardarlas toda la vida en varias cajas de bombones. A Gill por salvarlas del incendio, arriesgando su vida, y a George, mi marido, por pedirme que las leyera para ayudarlo a recordar un pasado perdido. Querido Tristan Forward, no me olvido de ti: gracias, mil gracias por tu maravillosa carta.

No he vivido nunca un otoño semejante. Ni siquiera creía que algo así fuera posible sobre la tierra.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Ecce Homo*

Tramadol, Ibuprofeno, jarabe para los picores de Richard y crema hidratante. Ya lo tenía todo. Cuando le di la visa al farmacéutico recordé que me faltaba otra cosa.

—Ah, y un certificado de defunción, por favor.

La sonrisa amable de tendero se quedó congelada. Pronto reaccionó y fue a por él. Volvió con un formulario de los que hay que escribir cada letra en un recuadro. Me irritan ese tipo de papeles. Pensé que por suerte no lo tenía que rellenar yo y sentí un extraño placer por haberlo dejado desconcertado. Él se puso nervioso sin motivo. Yo estaba tranquila, igualmente sin motivo.

—Me han dicho que lo tenga en casa, por si llega la muerte en mitad de la noche —le dije como si él supiera de quién le estaba hablando.

Él asintió como si efectivamente lo supiera.

Y es que me siento así. Como si todo el mundo leyera en mis ojos lo que pasa. O quizá es que deseo que lo sepan. Evitaría explicar. No suena muy normal que me presente ante los desconocidos diciendo: «Hola,

me llamo Lea y mi marido se está muriendo», pero eso es lo que he estado haciendo todo este último mes. Al principio usaba algún circunloquio. Frases medidas para no asustar. Ahora voy siempre con prisa. Con no demasiadas palabras más se lo expliqué al oficial de la notaría, al abogado de Inglaterra, a las profesoras de los niños, a las madres de los compañeros de colegio, a la chica del banco, al de la Seguridad Social, a la oncóloga de urgencias en Puerta de Hierro –esa imbécil con la que discutí brutalmente–, a Javier, el estupendo médico de cabecera, a su enfermera y al joven residente que le sigue a todas partes, al radiólogo, al gordito amargado de la oficina de Adeslas. Hola, me llamo Lea y mi marido se está muriendo.

La muerte me acompaña a diario, dividiendo amigos de amigos a medias, asustando a unos, apenando a otros. Mientras, poco a poco, me voy dando cuenta de que la muerte es simple, bella, útil y sobre todo... permanente.

A George se le empañan los ojos de lágrimas. El miedo a veces le hace llorar. Garganta atenazada. Manos temblorosas.

–¿Cómo voy a saber si al cerrar los ojos, ya no voy a despertar?

–Yo susurraré en tu oído. Te diré que te puedes marchar. Que no tengas miedo. Te cogeré de la mano y susurraré en tu oído.

—Tengo que saberlo. ¿Quién me lo va a decir?

—Yo te lo diré.

Empieza a quedar claro mi papel. Cicerone de la muerte. Guía del último suspiro. Administrativo de la burocracia del adiós. Papeles, testamentos, cambios de titularidad, más solicitudes. Nunca entendí aquello de dejar los asuntos en orden. Ahora sí. Resulta sorprendente lo desordenados que podemos tener los asuntos hasta aquellos que no tenemos asuntos. Uno de ellos es guardar un certificado de defunción en un cajón.

Con la retirada de las tropas alemanas, se produjo la desbandada de los guardianes del campo. Los presos se hicieron con las armas y los *kapos* que no pudieron escapar con los SS fueron acribillados a balazos. Los supervivientes de Mauthausen agarraron las armas y se organizaron para defenderse de la llegada de más alemanes si fuera necesario. Entre los presos se encontraba un republicano español que había logrado sobrevivir haciéndose indispensable en el archivo de documentación. Revelaba fotos y guardaba copias de la muerte.

Francesc Boix era moreno, boca grande de labios gruesos y ojos cautivadores. Tendría veinticuatro, veinticinco años y recuerdo que pensé que para haber estado en un campo de exterminio, su aspecto resultaba atractivo y hasta saludable. Boix siempre sonreía. De su cuello ya colgaba la famosa Leica y llegaba con otros seis muchachos del grupo de los *Poschacher*.

La anciana abrió la puerta. Le habían descrito cómo sería el joven que vendría a buscar el paquete y

en cuanto le echó la vista encima supo que era él. Se saludaron en alemán. El chico lo hablaba bien, fluido, pero con un tremendo acento español. Juntos caminaron por el estrecho camino entre la casa y el muro de piedra del jardín. Tal vez el joven Boix pensó que Anna Pointner había hecho más que algo apropiado al esconder los negativos del horror debajo de una piedra en aquella pared. A fin de cuentas, en esas imágenes se retrataba el infierno de la cantera de Mauthausen. La construcción de la prisión por parte de los sin nombre. La extracción de piedra para la Germania del arquitecto favorito de Hitler (Speer) y la maldición de levantar aquellas rocas hasta el último de los 186 escalones del campo. Años de muerte sobre el granito, bajo el granito, envuelta en polvo de granito. Anna Pointner sacó de la hendidura en la pared de piedra aquello que podría haberle costado la vida. Le entregó a Francesc Boix el pequeño paquete.

—¿Sabe lo que es esto? —le preguntó él.

—Sí, Jacinto me lo enseñó —contestó Anna—. Estas fotos tienen que verse.

—Se verán. El mundo entero sabrá lo que ha estado pasando aquí.

Anna quería hacer algo más por él, por todos ellos. Como austríaca invadida por los nazis, simpatizaba con aquellos españoles sin patria, y como madre, deseaba protegerlos. Apenas eran hombres. El más joven de los *Poschacher* tendría catorce o quince años y el mayor no llegaría a diecisiete. Francesc le

preguntó si le dejaría positivar algunas de las fotos, allí mismo, en su casa. Ella asintió con esa energía enfática de los austríacos y los invitó a quedarse. Pasarían aún varios días hasta que los ex prisioneros supieran qué iban a hacer con el resto de su vida.

Un largometraje de los que a mí me gustan tiene unas sesenta secuencias. Miro atrás, hacia el amor, y pienso en las que escogería para contar nuestra vida juntos. Nada viene a mi mente. Sólo hay presente en la memoria. Las sesenta secuencias están todas aquí, en el último otoño, porque aquí está todo el amor. Hace un rato imaginaba la primera escena de un guión sobre un personaje que me acecha desde hace años, Francesc Boix, el fotógrafo de Mauthausen. Para la película sobre mi héroe del Holocausto habría escogido el momento en que llega a casa de la anciana austríaca en busca de los negativos. Imagino la escena como si hubiera estado allí. El color del sol, la temperatura de las piedras. Ése es mi trabajo. Recopilar datos, documentación, a veces sobre personas reales, las menos, y recrear sus sesenta instantes, inventar diálogos con alma de posibles, hacer ficción de la realidad, completar los vacíos con piezas nuevas, como un restaurador de la memoria. Escribo vidas inventadas. Hoy no. Miro a George. Duerme. Él es verdad. Y yo. Ésta es nuestra muerte. ¿Qué voy a hacer sin sus ojos?

Encontré un gato muerto debajo de mi coche. Teniendo en cuenta que lo aparco dentro de la parcela, no me quedó otra que hacer algo al respecto. El bicho estaba podrido y su *timing* no era bueno. Mientras cavaba la fosa en el parterre de las hortalizas no podía evitar pensar en mi marido. En qué tipo de entierro/no entierro/funeral/no funeral iba a hacer para él. Borré todo pensamiento de mi cabeza. Fui hasta el gato. La agonía debió de ser espantosa. La mueca espeluznaba. O quizá es que los gusanos ya se habían comido sus labios y la dentadura saltona era todo lo que veían mis ojos. Deslicé la pala debajo del bicho. Cientos de larvas cubrían el suelo. Separándolo de mí lo más posible lo llevé hasta la fosa. Lo eché en el hoyo. Era más profundo de lo necesario. Lo tapé bien tapadito pisando la tierra para que no hubiera señales de enterramiento. No quiero que los niños vean eso removido y decidan sacar sus lindas palitas de colores a ver qué encuentran. Lavé el cobertizo y el coche. Litros de agua y jabón. ¡Qué liberación! No más gato. No más peste. No más moscas. Me sentí como un criminal sin conciencia borrando las huellas del crimen. Me había librado del cuerpo del delito. Era un asesino feliz por un trabajo bien hecho. Ojo, yo no me había cargado al minino, pero podría haberlo hecho. Quizá porque a menudo les deseaba la muerte a esos bichos pulgosos que plagaban mi jardín. A la vecina le ha dado por echarles de comer y adoptar cualquier cosa que haga miau. Se cagan en mi césped. Se mean en mis tumbonas.

Se afilan las uñas en las cortinas del porche. Vamos, que lo del gato muerto sólo me molestó porque me obligaba a resolver el pequeño problema de deshacerme de un cadáver, e insisto, el *timing* no era bueno. En este momento no estoy muy predispuesta a la muerte de nada ni de nadie más.

También disponible en ebook

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com  
Círculo de Lectores, S.A.  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es

Primera edición: octubre 2014

© Lea Vélez, 2014  
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014  
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: xxxxxxxx  
Depósito legal: XXXXXXXXX  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16072-43-9  
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-6074-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)